

## Limpieza de sangre, limpieza de cultura

Haydée Quiroz Malca

### RESUMEN

*En este artículo se presenta una breve visión histórica de lo que eran los procesos de limpieza de sangre. Con esta base y un concepto dinámico de cultura se intenta romper con los lugares comunes de discusión sobre la presencia y los roles de las poblaciones de origen africano. Tomando bases etnográficas de un caso mejicano ubicado en la Costa Chica de Guerrero (sur de Acapulco), lugar donde en la actualidad se encuentra una marcada presencia afroestiza. Se pretende mover la polémica del ethos violento como sinónimo del color de la piel, hacia la explicación de los procesos históricos y culturales en las relaciones al interior de los grupos sociales y de éstos con otros.*

### INTRODUCCIÓN

En México, una de las cosas que más llama la atención son las discusiones con respecto a las definiciones de indígenas, ladinos y mestizos<sup>1</sup>. Me preguntaba —y todavía me pregunto— cuáles son las fronteras entre unos, otros y nosotros, que pareciéramos estar más allá del bien y del mal. Era un tema que me causaba mucha curiosidad y a la vez un poco de conflicto, y aún sigo con ese interés.

---

<sup>1</sup> Este no es un caso exclusivo de México, puede ser válido para el Perú, donde además de “mestizo” se utiliza la palabra “misti”, como expresión de que no es un miembro de la comunidad, y a la población de origen africano se la denomina “negra”, lo mismo a la música que en este caso tiene aceptación en la población en general.

Tal vez por temor y falta de claridad para acercarme a este problema decidí hacer investigaciones; primero en un área urbana marginal del Distrito Federal y, posteriormente, en la Costa Chica del Estado de Guerrero, zonas que son calificadas como no indígenas. Pero este hecho no me ha eximido de enfrentar discusiones que en el fondo tienen esta misma naturaleza, y que llevan esa casi constante amenaza de caer en categorías esencialistas, puristas y hasta racistas algunas veces. Entonces, la cuestión sería cómo definir categorías o características que se refieran a lo “indígena”, lo “mestizo” y en nuestro caso, lo “afromestizo”<sup>2</sup>. Interrogantes muy complejas, que todavía continúan en discusión, y sobre las que quisiera reflexionar.

Esta inquietud me hizo pensar en un símil con los procesos de “limpieza de sangre” que se hacían durante la época de la Colonia, ya fuera para acceder a algún puesto dentro de la burocracia, mantener o adquirir un estatus o simplemente para contraer matrimonio (el permitido). La persona, en general, probaba que su sangre era española o blanca y que no se había mezclado, y también que eran cristianos viejos, es decir, que no eran judíos conversos. Todo esto no necesariamente correspondía a la realidad, pero se podía resolver mediante algún pago; por esto se pueden encontrar en los libros de las actas de bautizo<sup>3</sup> multitud de borrones y enmendaduras.

De acuerdo con lo que afirma Aguirre Beltrán<sup>4</sup> en su trabajo sobre la población negra en México, existía una diferencia de criterios para la separación de las castas entre la metrópoli y las colonias. Los europeos le daban mayor énfasis al factor cultural<sup>5</sup>, mientras que en el Nuevo Mundo el aspecto biológico adquirió un valor más alto. Aunque, aquí también era factible —cada vez con mayor facilidad— “cruzar la línea de color”, lo que

<sup>2</sup> Esta palabra fue usada por Aguirre Beltrán en muchos de los textos. En el *Cuijla, esbozo de un pueblo negro* (1985:65), propone una definición: “sería difícil afirmar o negar que la población de Cuijla fue totalmente negra, todo sin embargo parece indicar que desde un principio el negro se mezcló con el quahuiteca dando origen a una población mestiza, cuyos productos finales hoy forman el grupo mayoritario de habitantes del municipio”, y aclara que “es indudable que en la hibridación el factor negro fue preponderante y por eso el mestizo cuileño es, en la actualidad, predominantemente negro: un afromestizo” y no afromexicanos, como también en la actualidad algunos investigadores los denominan. En todo caso, desde el punto de vista metodológico, lo valioso de este investigador es el hecho de haber definido los conceptos que utilizaba.

<sup>3</sup> Acta de bautizo es lo que en el Perú se denomina partida de bautizo.

<sup>4</sup> AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, *La población negra de México, Estudio etnohistórico*, Ed. Universidad Veracruzana, Instituto Nacional Indigenista, Gobierno del estado de Veracruz, FCE, México, 1989: pp. 266- 267.

<sup>5</sup> Esta diferencia es importante porque es aquí donde se inicia esta separación y segregación por el color de la piel, en especial para la población nativa y la de

además implicaba cambiar o saltar de una casta a otra. Esto fue progresivo según fue avanzando el proceso de mestizaje y conforme el modelo colonial se desarrollaba.

Un ejemplo interesante para finales del período colonial, propuesto por Aguirre Beltrán<sup>6</sup>, es el caso del insurgente don José María Morelos y Pavón, uno de los héroes máximos de la lucha por la independencia mexicana, quien aparece situado en la casta euromestiza, siendo en realidad un afromestizo. Alamán, quien conoció sus antecedentes familiares, informa que sus padres eran mulatos pardos; no obstante, en el acta de su nacimiento quedó asentado como español. Esto, al parecer, no era un hecho aislado porque los libros parroquiales estaban llenos de enmiendas, ya que desde el mismo nacimiento se fijaba la casta a la que debía pertenecer el infante, pero que podía ser alterado, con el tiempo, por las posibilidades y necesidades de cada individuo.

Pero volviendo a nuestro argumento, parecería que en la actualidad cuando hablamos de indígenas, afromestizos o mestizos estamos pensando algunas veces en forzar la definición de marcas exteriores: rasgos somáticos, lenguaje, vestido, vivienda, formas violentas o pasivas. De acuerdo con ello, sería posible clasificar o determinar si una persona pertenece o no, a tal o cual categoría, que no es casta. Modelos que no estarían tan alejados de los coloniales, y que al parecer habían sido superados, esto nos permite ver los desarrollos históricos que han tenido las separaciones entre los más diversos grupos, y en algunos casos, también explicar la sobrevivencia de viejos conceptos y clasificaciones.

Esta discusión es compleja y muy delicada, podríamos mencionar también el trabajo de Juan Carlos Callirgos<sup>7</sup> sobre el racismo, donde presenta una interesante discusión entre las categorías de raza, racismo, grupos étnicos<sup>8</sup>. Una de las conclusiones a las que arriba es que si bien hay que aceptar las diferencias físicas entre los seres humanos: estatura; color de la piel, de los ojos, contextura física, forma del cabello y otras; en la actualidad, las “razas” no existen en términos estrictamente biológicos y

---

origen africano, modelo válido —tal vez con ligeras variantes— para las colonias hispanas en América. Estoy haciendo una somera presentación de sus argumentos, solamente para ilustrar, pero el autor hace una explicación extensa y con muchas fuentes.

<sup>6</sup> *Op. cit.* pp.270-271

<sup>7</sup> CALLIRGOS, Juan Carlos, *El racismo, la cuestión del otro (y de uno)*, Desco, Lima, 1993, pp. 39-56.

<sup>8</sup> Después del 11 de setiembre de 2001, se han desatado muchas polémicas y se ha escrito mucho en periódicos y revistas sobre el tema, en la relación que se pretende hacer de religión islámica con los grupos “terroristas”.

antropológicos. Las clasificaciones raciales son creaciones ideológicas, sociopolíticas que han buscado —y buscan— legitimación en las variaciones fenotípicas. Callirgos define a la “raza” como una construcción social, variable a través del tiempo. Lo que se considera hereditario —en general— está íntimamente ligado a lo étnico.

En esta misma orientación me interesa argumentar que las definiciones que se dan para las pertenencias y/o exclusiones en uno u otro grupo étnico, social o de clase, responden la mayoría de veces a construcciones culturales de estereotipos que están marcados por el racismo, carecen de bases científicas pero se encuentran en la ideología de los diversos grupos, y varían de una región a otra, de un país a otro, de un continente a otro. Pero se puede agregar también que la clase social de una persona influye en la asignación social de tal o cual segmento racial.

Por todas estas razones, tal vez sería más adecuado proponer los autorreconocimientos y las formas culturales, como factores que definen las identidades individuales-colectivas y de pertenencia a unos u otros grupos. Es sobre esto que presento a continuación algunos señalamientos para la discusión y reflexión.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Cada vez estoy más convencida de que **cultura** puede ser uno de los conceptos adecuados para acercarse a los grupos sociales y en ese contexto, proponer el movimiento de las ‘*marcas*’ de sus semejanzas y diferencias. Aunque inmediatamente surge otra complicación, esto es, cómo entendemos *cultura*, si la pensamos y abordamos como un proceso por naturaleza en movimiento, o queremos verla como conjuntos de rasgos, marcas y tradiciones que en cierta medida deberían o tenderían a ser permanentes.

Aceptando la inminente naturaleza móvil de la cultura, la afirmación de Bonfil Batalla<sup>9</sup> con relación a que el cambio constante es la manera de ser de todas las culturas nos llevaría a aceptar que todas ellas son modernas —ahora tal vez, diríamos postmodernas—, de lo contrario no hubieran sobrevivido a lo largo de la historia. Lo que ha sucedido, nos dice Bonfil, es que unas culturas han actualizado su manera de imponerse a otras, y éstas han hecho lo propio con sus respuestas, de otro modo hubieran desaparecido.

---

<sup>9</sup> BONFIL BATALLA, Guillermo, “Por la diversidad del futuro”, en: *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*, BONFIL B., Guillermo (compilador), Colección Pensar la Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D.F., 1993, pp. 223-234.

De manera similar Wolf<sup>10</sup> sostiene que los grupos sociales no son portadores estáticos o mecánicos de formas heredadas, sino que en función a la cambiante realidad pueden hacer nuevas evaluaciones y darle nuevos valores, tomar eventualmente prestadas formas que expresan mejor sus intereses o bien, crear maneras totalmente distintas para responder ante otras circunstancias. Este movimiento no es algo que se autoimpulse o autogenera, por el contrario, responde a fuerzas económicas y políticas de un orden mayor, por esta razón se debe tomar en cuenta el contexto más amplio en el que se da el proceso.

Traemos esto a colación debido a que se afirma que la población de origen africano, al llegar a tierras americanas había perdido su cultura, casi en su totalidad. Si nos basamos en nuestra argumentación sobre cultura, esto se podría matizar, y aceptar que probablemente perdieron muchos de sus referentes culturales, a raíz del fuerte desarraigo al que se vieron sometidos, pero la experiencia que traía cada uno de los individuos que llegó hacia este nuevo continente posibilitó una recreación cultural innegable, no se puede pensar que partieron de cero ni tampoco negar la existencia de nuevos referentes como las culturas locales y las diversas tradiciones que portaban los conquistadores hispanos.

Por otro lado, la cultura es vista también como el conjunto de conocimientos y habilidades necesarias que debe tener un individuo para interactuar en una sociedad determinada; sin embargo, esta competencia, además de ser real es también simbólica<sup>11</sup>. Sin que esto quiera decir que las personas en su vida cotidiana actúen guiadas por las ordenaciones abstractas de su cultura. Más bien, podemos afirmar que la relación entre individuos y cultura es dinámica. Estamos hablando de un proceso en constante reelaboración y muchas veces contradictorio, donde los sujetos están inmersos en una interacción permanente que puede llevarlos a reproducir su matriz cultural y continuar o, eventualmente, cambiar ciertos componentes de su comportamiento, tomar nuevas formas o valores y, en otros casos, recuperar algunos que se habían dejado de usar.

Si las culturas, como se afirma líneas arriba, son dinámicas, estamos de acuerdo con Reygadas<sup>12</sup> en que no se las puede pensar como estructuras permanentes, sino como procesos articulados, lo cual nos hace suponer, que si pretendemos dividir su producción, reproducción y transformación,

---

<sup>10</sup> WOLF, Eric R., *Europa y la gente sin historia*, FCE, México D.F., 1987, pp. 467-468.

<sup>11</sup> Y no por ello, deja de ser importante.

<sup>12</sup> REYGADAS ROBLES, Gil Luis, *Mercado y Sociedad Civil en la fábrica, Culturas del trabajo en maquiladoras de México y Guatemala*, Tesis de doctorado, UAM-I, 1998, pp. 27-28.

es solamente desde el punto de vista metodológico; pero en la realidad, no es que la producción y reproducción sean cualidades de las estructuras, y el cambio una característica del individuo, sino que ambas se entrelazan en una misma dinámica histórica. Esto es, la capacidad de los individuos para incidir sobre su cultura e interactuar con ella, no se ejerce en el vacío sino en contextos sociales marcados por relaciones de poder. Por ello cabe señalar que dentro de una cultura existen factores de diferenciación que son muy importantes: la clase social, el género, la nacionalidad, el grupo étnico, la edad, el partido político, el nivel de conocimientos formales e informales, así como la religión, entre otros. Cada una de estas características le proporciona a la persona o individuo una forma de adscripción específica y marca sus relaciones, tanto en, y, con el trabajo, como en, y, con la vida social en general.

No hay que olvidar que los individuos tienen además, adscripciones múltiples; por un lado, pueden ser madres, padres e hijos, por otro, pueden ser campesinos, pescadores, artesanos, trabajadores, intelectuales, estudiantes o líderes, sin que esto los exima de formar parte de tal o cual generación que también marca la manera de ver la vida y de enfrentarse a ella. Pero, sobre todo, puede unirlos o separarlos, el hecho de pertenecer a una familia, pueblo, grupo étnico y/o etéreo, partido político, religión o, a una nación. En cada caso las identidades son múltiples, y en algunos momentos excluyentes, y en otros incluyentes. Es en el cruce de éstas múltiples identidades donde actuamos e investigamos de una u otra manera.

Este conjunto de señalamientos nos hace replantear las propuestas que tomaban como punto de partida inicial, las marcas externas en los individuos. En la actualidad, si entendemos la cultura como un proceso de interacción de sujetos hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas, que obviamente está marcado por las experiencias de su género, edad o generación, nivel educativo tanto formal como informal, podremos acercarnos y presentar tal vez con más nitidez este constante movimiento en el que están inmersas las personas y, por ende, también, sus culturas o grupos de adscripción o pertenencia.

Este proceso de interacción a su vez genera un conjunto de simbolismos que se comparten o marcan diferencias entre los individuos, estoy hablando, en este caso, de identidades individuales que a su vez forjan colectividades, que por el hecho de compartir códigos comunes hacen posible esto, que queremos definir como cultura, que es difícil de conceptualizar y que se nos escapa como el agua entre los dedos. En el siguiente apartado tratamos de hacer un ejercicio inicial de análisis, para un caso específico.

## HABÍA UNA VEZ...

Por las razones ya expuestas, creo que es pertinente mencionar brevemente algunos datos históricos que nos permitan comprender mejor lo que sucede en algunas áreas de la Costa Chica de Guerrero y de Oaxaca<sup>13</sup>; las mismas que tenían —y conservan todavía— una fama de *ethos* violento según Aguirre Beltrán<sup>14</sup>, quien fue el primero que hizo trabajo de campo por los años cuarenta.

Posteriormente, Veronique Flanet<sup>15</sup> que estuvo investigando en la región vecina, en la década del setenta, sostiene algo similar, aunque la argumentación varía ligeramente. A pesar de que la situación de violencia en la actualidad parece haberse extendido por casi todo el estado y hasta el país entero, quisiera extenderme un poco más en las formas de explicación de la misma.

Las afirmaciones de los autores arriba señalados hacen alusión a la violencia como si fuera una parte de la 'naturaleza' de los habitantes de la región. Lo que me interesa discutir es que este 'supuesto *ethos* agresivo' de los habitantes afroestizos, al que hacen referencia no sólo los investigadores arriba señalados, sino muchos de sus seguidores, tiene una explicación que no está en directa relación al color de la piel de la población. Considero que sería un serio descuido quedarse con las afirmaciones de que la región es violenta a causa de "los negros que la habitan".

Por el contrario, propongo que para comprender mejor estos hechos podemos buscar las fuertes correlaciones de las luchas por el poder, los recursos y otros que se desarrollaron históricamente y que continúan hasta ahora en estos territorios. Y que en la actualidad continúan factores como el aislamiento, descuido y la pobreza de la gran mayoría de los grupos que se asientan en esta zona y que contribuyen a esta situación. Existiendo intereses de reducidos grupos que se benefician con estas marcadas diferencias.

Uno de los lugares desde donde se podría cuestionar la repetición de violencia sinónimo de afroestizo es el metodológico. Por ello, quisiera llamar la atención sobre el lugar donde cada investigador realizó su estudio

---

<sup>13</sup> Esta área es uno de los pocos lugares (de México) donde es posible ubicar en la actualidad población de origen africano, y ha sido también espacio de investigación del precursor de las investigaciones sobre el tema en México: Gonzalo Aguirre Beltrán.

<sup>14</sup> AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, *Cuijla*, Primera edición de Lecturas Mexicanas, FCE, México D.F. 1985, pp. 12.

<sup>15</sup> FLANET, Veronique, *La madre muerta, Violencia en México*, FCE, México D.F., 1985.

y quiénes fueron sus interlocutores e informantes. Aguirre Beltrán<sup>16</sup>, quien trabajó en Cuajinicuilapa y en las áreas aledañas, asevera que los núcleos de negros que pueden ser considerados como tales, “derivan principalmente de los esclavos cimarrones que reaccionaron en contra de la esclavitud y se mantuvieron en libertad gracias a la creación de este *ethos* violento y agresivo en su cultura, que hizo de sus individuos sujetos temibles”. A pesar de que por otro lado, él mismo nos presenta toda la información histórica de la presencia de la población africana en México y en la región.

Después de los trabajos de Aguirre Beltrán, ahora conocemos que la situación de la población de origen africano, en la Costa Chica, al menos, fue un ‘tanto privilegiada’, entre otras razones porque los conquistadores no toleraban el clima ni las condiciones de insalubridad existentes en esa época. Un ejemplo de esto nos lo da la investigación de Jesús Hernández<sup>17</sup>, en donde menciona que los cobradores de la alcabala debían ser españoles o criollos, y vivir en Acapulco. El promedio de vida que tuvieron éstos, al llegar a radicar en el actual paraíso turístico, era entre tres a seis meses y como máximo un año. Morían de diversas enfermedades de índole climática básicamente.

La población de origen africano que llegó a esta región en situación de esclavitud, como cimarrones o en algunos casos libres, se aclimató bastante bien, y la mayoría de veces fueron los encargados-capataces y trabajadores en las grandes haciendas ganaderas<sup>18</sup> de la región. Aunque, su condición oficial era de esclavos, a ellos sí les estaba permitido portar armas y montar caballo, cosas que a la población indígena les estaba absolutamente prohibida. Por todas estas razones se ubicaron en una posición diferente de la otra población sojuzgada, la indígena, se volvieron en la mayoría de casos en los representantes presentes de sus amos que vivían en otras regiones de clima más benigno. A pesar de esto no podemos asegurar que solamente existieron conflictos entre ellos, porque como es bastante conocido y evidente, se dio un fuerte proceso de mestizaje con las mujeres indígenas<sup>19</sup>, creándose la población que Aguirre Beltrán define como afro-mestiza.

---

<sup>16</sup> *Op. cit.* pp. 12

<sup>17</sup> *Élites y reformismo Borbónico e insurgencia en las cordilleras y costas de la mar del sur (1777-1810)*, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, Tesis de Maestría en Historia. México, 2000.

<sup>18</sup> Esta zona sufrió una seria baja demográfica por las guerras y exterminio durante la conquista, así como por las nuevas enfermedades que eran desconocidas en todo el continente americano. Esto facilitó el despojo de tierras a sus antiguos propietarios.

<sup>19</sup> El número de mujeres africanas que llegaron fue muchísimo menor, a esto se sumaba el hecho de que el vientre materno indígena daba la calidad de libertad a la prole.

Pero veamos qué sucedió con la investigación de Flanet<sup>20</sup>, quien trabajó en una zona limítrofe, treinta años más tarde. Escogió el pueblo de Jamiltepec en la Costa Chica de Oaxaca. Esta autora maneja argumentos similares a los de Aguirre Beltrán, al hacer referencia al grupo de afro mestizos afirma que eran: “hijos de esclavos fugitivos, los negros que durante la colonia tuvieron que defenderse de las persecuciones de los españoles, se han creado un *modus vivendi* al margen de la sociedad, frente a la cual adoptan siempre una actitud de desafío y hostilidad”.

Existe, además, otro factor de conflicto, al menos para Flanet<sup>21</sup>, que desarrolló su investigación en un área donde conviven cotidianamente al menos tres grupos étnicos claramente diferenciados: indígenas mixtecos, mestizos y negros. Esto da origen a una situación muy compleja y altamente violenta como la propia autora lo narra: “mixtecos y mestizos conviven en Jamiltepec, pero los primeros se defienden de los segundos con una fuerza sorda. Los negros son hombres de los mestizos, sus vaqueros, los pistoleros de los ricos. Viven en las tierras bajas y pescan en las lagunas donde se agitan las almas de los indios que llevaron una vida de descarriados, de criminales... El negro que pone su fuerza física al servicio de los ricos deviene encarnación del mal, que hay que excluir”.

La autora<sup>22</sup> continúa más adelante: “el mestizo y el mixteco consideran al negro como un criminal nato”. Para fundamentar su argumento cita a un mestizo que dice: “el negro mata casi por gusto, por placer, por medio de la copa, a balazos o a machetazo... nacieron para matar, son agresivos por naturaleza y tienen instinto criminal. No todos ¡claro!, pero por lo regular, la gente morena es de un carácter muy violento”.

Frente a estas posiciones quisiera proponer una manera diferente de explicar estas afirmaciones de *ethos* o naturaleza violenta que en ambos casos les atribuyen. Por lo menos para el caso de la Costa Chica de Guerrero, pero casi me atrevería a afirmar que para la de Oaxaca también, las explicaciones se pueden buscar más bien asumiendo que los grupos humanos y sus culturas son productos históricos en movimiento.

Tomando como base los argumentos que proporcionó para el caso de Cuajinicuilapa el propio Aguirre Beltrán, sería más pertinente explicar la violencia como un producto cultural de respuesta al sometimiento y vejación al que fueron sometidos los esclavos, desde su desarraigo forzado hasta los maltratos que recibieron en los lugares donde eran obligados a trabajar.

---

<sup>20</sup> *Op. cit.*

<sup>21</sup> *Op. cit.* 81-83.

<sup>22</sup> *Op. cit.* 114.

Pero como ya lo señaláramos, hay que tener presente que la sociedad colonial era una sociedad marcadamente diferenciada por castas, aspecto que contribuyó al mantenimiento del sistema como un todo. En este modelo, los esclavos africanos muchas veces jugaron un papel de intermediarios, la mayoría de veces incondicionales de sus patronos españoles; les servían como capataces o vaqueros en las haciendas donde los indígenas estuvieron obligados a trabajar casi en calidad de esclavos, pero situados en una escala real inferior a la de los esclavos de color.

Otro hecho que también debemos señalar, es que la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca no son un todo homogéneo. En la parte de Guerrero más cercana a Acapulco (actuales municipios de San Marcos, Florencio Villarreal y Copala), donde la población nativa (yopis) fue casi exterminada, el surgimiento de conflictos interétnicos fue y sigue siendo menor<sup>23</sup>; los contactos que tuvieron los esclavos de origen africano, con la escasa población indígena fue principalmente con las mujeres, con las que se inició un fuerte proceso de mestizaje, presente hasta la actualidad. En el municipio de Cuajinicuilapa se empiezan a visualizar mejor los conflictos, porque la presencia indígena, *amuzga* y *tlapaneca*, es mucho mayor y las relaciones no se limitan al contacto para el intercambio en los mercados. El caso de la Costa Chica de Oaxaca parece que fue y continúa siendo diferente ya que los mixtecos sobrevivieron en mayor número al dominio español, y entraron en conflicto más abierto con el grupo de origen africano, que durante la época colonial, a pesar de su calidad de esclavos tenía un estatus superior, problema que se reproduce y permanece aún en la actualidad.

El fondo de los conflictos, en la mayoría de los casos, fueron los recursos, en este caso la tierra y la posibilidad de acceder o no a ella. Nada más que en unos casos se exterminó casi absolutamente a los aborígenes (por ejemplo los *yopis* hacia el norte) y en otros casos se los fue orillando a las partes altas (los *amuzgos* y *tlapanecos*).

Pero veamos qué consecuencias han derivado de estas conformaciones diversas. Ahora, en los municipios de San Marcos, Florencio Villarreal (Cruz Grande) y Copala, de manera más o menos general, los mestizos y afro-mestizos se asientan en las partes bajas, incluso son conocidos regionalmente como abajeños. Los individuos pertenecientes a grupos indígenas ocupan geográficamente las partes un poco más altas y se les conoce como arribeños. Los puntos de encuentro de ambos grupos son los mercados tanto de las cabeceras municipales arriba mencionadas, como las de Ayutla y San Luis

---

<sup>23</sup> QUIROZ MALCA, Haydée, *Las mujeres y los hombres de la sal, un proceso de producción y reproducción cultural en la Costa Chica de Guerrero*, Tesis de Doctorado, UIA, México D.F., 1998, pp. 70-72.

Acatlán. Ciertamente, existe en cada uno de los grupos abajeños y arribeños marcas de diferenciación que van más allá de la ubicación geográfica, esto es la ropa y el idioma, que para ambos es una señal muy clara de diferenciación. Los afroestizos se autoadscriben al grupo de costeños, abajeños, morenos y por tanto diferentes a los otros, los indios o inditos<sup>24</sup>.

Esto no queda sólo ahí, el imaginario que los costeños, abajeños, tienen de los indígenas, es de que hacen milpa, que son trabajadores, y claro son "huancos", es decir tienen el cabello lacio. Pero en realidad, la diferenciación de autoadscripción tiene más relación con las formas de trabajo, la ropa y el idioma. Tal vez, lo menos importante son los rasgos físicos; porque de hecho existen, en la parte baja muchos costeños con características indígenas, que no visten calzón liao ni naguas<sup>25</sup> y que no se sienten, ni reconocen indígenas.

A diferencia de esta parte de la Costa Chica de Guerrero, Orozco<sup>26</sup>, quien estuvo trabajando en Jamiltepec el año 1992, confirma la pervivencia de grandes pugnas étnicas que tienen origen en la diferenciación de estatus entre los descendientes de los africanos y los indígenas. Esta distinción se puede ejemplificar en el pago que reciben por la pizca del limón. La cantidad de dinero que le dan a un indígena todavía, en la actualidad (1992-1993), es equivalente a la mitad del pago que recibe un 'moreno' por trabajos iguales.

Hay que tener presente que la diferenciación no se puede reducir sólo al color de la piel o los rasgos somáticos de los trabajadores sino que, más bien, fue —y es todavía— fomentada por los propios caciques para evitar que estos dos grupos sociales, con niveles económicos tan bajos, en muchos casos similares, pudieran aliarse y, posteriormente rebelarse; ésta es una muy clara herencia de las formas coloniales de dominio.

La coexistencia de afroestizos e indígenas en la Costa Chica de Guerrero no se presenta como un todo uniforme, varía de acuerdo al hecho de compartir o no, territorios comunes. Si partimos de Acapulco hacia el sur, inicialmente es casi inexistente y conforme se van acercando o compartiendo territorio, los imaginarios y las formas de definición del otro se matizan, pasando de una visión en algunos casos positiva, o del señalamiento de lo que los diferencia como grupos culturales, hasta llegar a lo que describen Aguirre Beltrán, Flanet y Orozco, que en ciertos casos alcanza casi la dimensión de conflictos étnicos, no siempre abierto, pero latente.

---

<sup>24</sup> Los afroestizos de la Costa Chica se refieren de esta manera a los indígenas.

<sup>25</sup> Manera local de definir los atuendos típicos de hombres y mujeres indígenas.

<sup>26</sup> Emmanuel Orozco, Antropólogo Social, *comunicación personal*.

Como un apunte metodológico, es pertinente señalar que Aguirre Beltrán realizó su trabajo de campo en un área de composición marcadamente afromestiza, en tanto que Planet tuvo como sede base Jamiltepec, de población triétnica y de acuerdo con la información que presenta, es claro que eran las visiones de los indígenas mixtecos y los mestizos, la ausencia de las voces de afromestizos es notoria en su texto. Por mi parte, el trabajo de campo y la información que presento es proporcionada preferentemente por afromestizos. Las visiones que tenemos como investigadores y las visiones que presentamos están marcadas por ciertas simpatías (eventualmente antipatías) con los grupos con los que hemos estado en contacto, por ello creo que este hecho enfatiza una parte de los datos que en algunos casos pretendemos proponer como verdades únicas, sin ubicar el contexto de obtención de los mismos.

## **VIEJAS PREGUNTAS EN BUSCA DE NUEVAS RESPUESTAS**

Una anécdota sucedida en el largo proceso de la organización del Museo de las Culturas Afromestizas de Cuajinicuilapa, me ayudará a tratar de terminar ésta, tal vez, desordenada presentación de mis propias interrogantes en búsqueda de diálogo.

En una reunión del Comité Pro Museo se encontraban un conjunto de personas interesadas en la realización del mismo, y uno de los asistentes, párroco del Ciruelo, de origen afrojamaiquino, sostenía que los integrantes del comité sólo deberían ser negros; ante esta interpelación, un poblador de Cuajinicuilapa le respondió que él externamente no era negro, “pero aquí todos tienen sangre negra, si uno se cría en Cuaji, come como negro, vive como negro, piensa como negro, luego soy negro, no es el color, sino como uno se siente”. Esto me hizo reflexionar y reforzar mi argumento, en el sentido cultural que tiene el hecho de ser o considerarse afromestizo o moreno, y de esta manera evitar caer en purismos que nos pueden llevar al racismo.

Por otro lado, casi para terminar, no podemos olvidar que existe en todos y cada uno de nosotros y de los grupos sociales, una tendencia etnocéntrica natural, es decir, siempre nos afirmamos de manera positiva como grupo. Cuando uno visita el más pequeño de los barrios o pueblos, los habitantes de éstos siempre están señalando que ellos son buenos, que los malos o violentos son los vecinos. Considero que este hecho es cotidiano, no sólo en mi experiencia de trabajo de campo en la Costa Chica sino también en otros lugares.

En una visita a Cuajinicuilapa (mayo, 1999), la narración de un poblador del lugar me hizo reflexionar sobre los imaginarios que cada grupo

social tiene del otro. Esta persona que podríamos definir como afromestizo, decía que si los hombres en Cuaji tenían una o dos queridas, al menos las tenían en casas diferentes. En cambio, los indios también las tenían, pero todos vivían en una misma casa; y que, en caso de enojo por alguna razón podían machetear y hasta matar a una de sus mujeres y que no pasaba nada, que así eran ellos de 'salvajes'.

Me pregunté luego de oír esta narración cuál sería la versión que tendría un indígena al respecto, y me imagino que tal vez sería la misma, pero con los protagonistas cambiados. En todo caso, es necesario hacer más investigación etnográfica que explique de quién es la visión que se presenta y tal vez, hasta donde sea posible, presentar a los diversos actores que conviven en una región, cuando menos para lugares en los que algunas veces se comparten y otras se luchan por poderes, territorios y culturas.

Por todas las razones que he ido enumerando, desde mi punto de vista, el papel de los y las investigadoras no debería ser el fomentar la separación y limpieza o pureza de las culturas que conviven en un mismo territorio, porque esto fomenta la separación etnocéntrica de los grupos sociales y no siempre su respeto a las diferencias, pero que, en todo caso, sería bueno seguir con esta todavía inconclusa discusión.

*México D.F. diciembre 2001.*